

LA GRAN CONVERSACIÓN TRAS LA TORMENTA

SOFÍA LARA-LARGO

Unité des Recherches Migrations et Société, Paris
Francia

Sinopsis

Tras una noche de tormenta en Wiracocha, el amanecer trae consigo la música, lejos de la devastación esperada, vibra la vida mientras se renueva. En medio del cantar del agua emerge la polifonía: aves que se llaman, se reconocen y celebran haber sobrevivido. Es necesario estar atentxs a estas voces, para dejar de observar el paisaje tan sólo como telón de fondo y empezar a reconocerse como parte de una *gran conversación* más que humana, donde sonidos, cuerpos y territorios se entrelazan. El texto propone una sensibilidad afinada hacia los vínculos entre seres vivos, en la que el canto no es ornamento sino expresión de coexistencia y persistencia compartida.



Apenas aparecieron los primeros rayos de sol me asomé abriendo delicadamente la puerta. Temía ver del otro lado la devastación después de la tempestad. La casa y yo habíamos sobrevivido al vendaval y parecíamos no ser las únicas, entre el verdor se veían las hojas estremecerse por el movimiento de otros seres que también habían superado el rigor de la noche. La lluvia había caído durante más de doce horas y había empezado tras anunciarse como casi siempre.

Cuando va a llover en Wiracocha, las hojas de los árboles se agitan y danzan, el gradual se pliega y se mece. El suelo empieza a elevarse y a volverse aire en forma de olor a tierra. El viento, espeso y tibio, sopla entre los troncos y las ramas crujen y silban. La lluvia llega, a veces, por el sur, entre las montañas que se opacan haciéndose grisáceas. Lentamente millones de gotas se ven en la distancia como una masa implacable de seres minúsculos aproximándose con paso severo, se quedan como suspendidas esperando una orden, sin atreverse a pasar de aquel lugar que se convierte en una pantalla de agua. Cuando, en cambio, la lluvia llega por el norte, baja rápida y casi sin avisar. **Baja entre la cuenca como si fuera la misma quebrada hecha viento.**



Figura 1. Barranquillo en contemplación.

Aquella noche la lluvia cayó con una furia que solamente he sentido en Wiracocha y, quizás, en alguna playa del Caribe. El techo delgado se estremeció bajo el poder del inclemente aguacero. El sonido era ensordecedor, me cubrí la cabeza con las cobijas y esperé. Allá del otro lado de las paredes y del techo estaban los árboles agitándose y perdiendo sus hojas, algunos de ellos se estaban desgajando y se desprendían sus ramas. Abajo en el gradual se sentían las rocas golpearse unas con otras descendiendo por la quebrada, arrastrando empalizadas. Los animales se escondían entre las hendiduras del bosque estremecido por el rugir de los truenos y empapados se ocultaban y esperaban (Figura 1).

*** Las canales del techo se colmaron de hojarasca y se taparon los bajantes. Toda el agua empezó a derramarse como si fuera una cascada y empezó a inundar el pasillo exterior. En las laderas se hacían surcos que arrastraban tierra y lodo cuesta abajo. La fuerza del agua iba tallando la montaña con su paso y se abría camino entre el monte. El agua bajaba y se colaba abriendo brechas donde no las había, descendía furiosa recorriendo caminos que seguramente ya conocía. Los ríos empezaron a aparecer por lugares inesperados en forma de borrasca ocre, en forma de canal desbordada, en forma de torrente.**



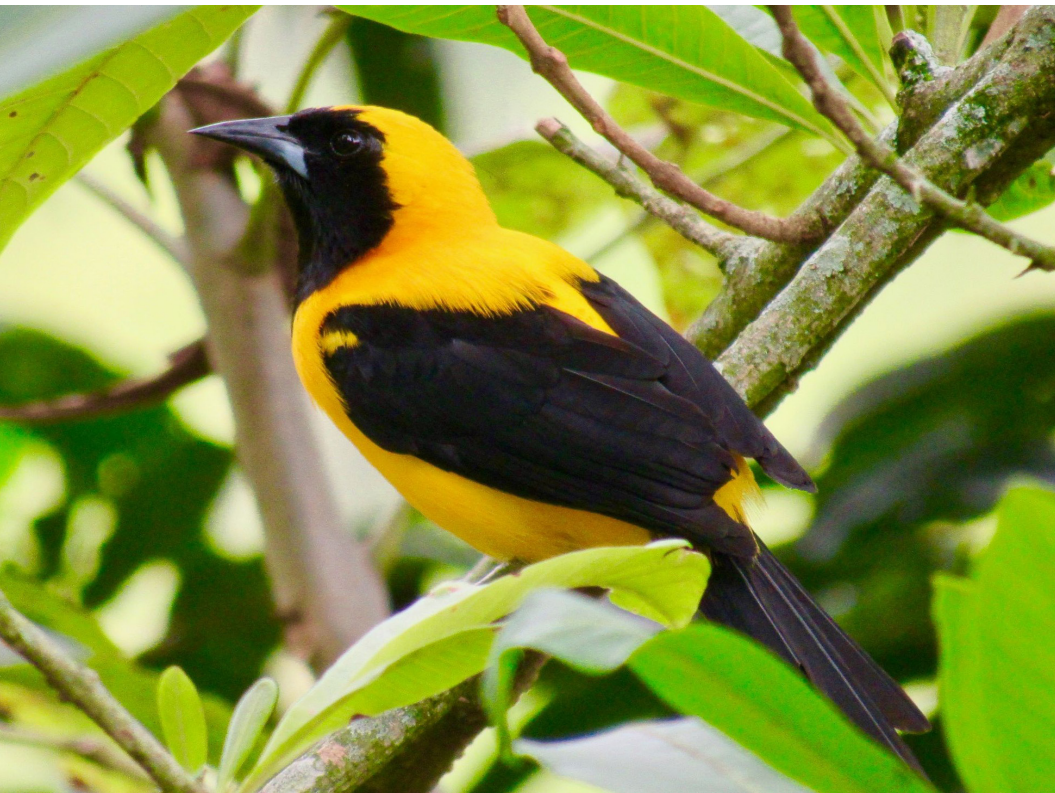


Figura 2. El Melódico.
Fotografía: Sofía Lara-Largo
(2023).

Esa mañana, tras la tormenta escuché con atención los primeros rumores. Era como si el agua hubiera lavado todos los sonidos y los pájaros empezaron su gran conversación. Entre todos se contaban los pormenores de las lluvias, susurraban algunos mientras otros decidían cantar a plena voz, sacudiendo sus plumas. Esa mañana percibí la presencia de un nuevo pájaro (Figura 2).

De tanto habitar este lugar aprendí a conocer sus melodías y entonces me pregunté:

¿Había llegado un pájaro nuevo huyendo de la tormenta? o ¿ya estaba y ahora vocalizaba de una nueva manera quejándose tras haber perdido su guarida?

¿Estaría presenciando acaso un nuevo llamado en medio de esta gran conversación?

¿Se trataría de un nuevo mensaje?



El canto se componía por una serie de notas en una secuencia perfectamente afinada y justa que descendía en semitonos. Duró apenas unos instantes. Las notas eran largas y sostenidas bajando de a medio tono cada vez. Luego el cantante entonó una nueva melodía que me hizo pensar en un pájaro que yo ya había escuchado antes.

¿Quién era este misterioso visitante que apareció esta mañana tras la tormenta?, parecía estarme diciendo:
“miren, aquí estoy y logré pasar la noche, igual que ustedes sigo vivo”.



Figura 3. El carpintero habado. Fotografía: Sofía Lara-Largo (2021).





Las mirlas lanzaron su llamado y empezaron a llegar las parvadas de azulejos y con ellos las calandrias y el carpintero habado (Figura 3), quien picoteaba haciendo cantar la madera.

Las mirlas se disputaban, al principio se sentían vocalizaciones y aleteos, después se veían los enfrentamientos en el aire, en los que hacían giros con sus alas mientras se agarraban de las patas y se precipitaban hacia el suelo. Hubo un par que se estrellaron contra las ramas y salieron ilesas en medio de la trifulca. Otras veces lograron separarse antes de caer y entonces volaron emitiendo un canto agudo y enérgico.

En el aire había, además de la presencia inusual de un canto, muchas capas de sonidos y llamadas; provenían de todo tipo de aves e insectos que al mover el aire desprendían ondas de sonido a través del bosque. Algunos solamente con moverse ya cantaban y el silbido se propagaba aprovechando la forma de la cuenca, la ladera llena de agua hacía que el sonido viajara pegado entre las rocas mojadas y entre las hojas del frondoso dosel.

¿Otros nidos, además del mío, habrían sobrevivido al frenesí de los vientos de aquella noche? Supe que por lo menos uno sí lo había hecho, cuando escuché al inquilino, pequeño saltapared que hizo su casa en las matas del corredor y por eso hablamos de él como un huésped. Temía por su familia en medio de la lluvia y en la mañana, allí estaba con su melodioso canto que tranquilizó mis inquietudes. De alguna manera él también cantaba la alegría de estar vivo. El señor y la señora inquilinos entonaron luego un dueto, que imitaba bien el gorgoteo del agua. Los demás cantos no se hicieron esperar, vino el canto estremecido del batará carcajada, vino el turpial con sus melodías festivas, vinieron el asomacandela y las mirlas, vino el gavián y las guacharacas llenaron con sus metálicos graznidos la mañana todavía húmeda.





Figura 4. Una mirla y la llama opaca de la señora asoma candela.
Fotografía: Sofía Lara-Largo (2023).

La gran conversación también estaba compuesta por cantos de aves de corral, superpuestos con los cantos de **mirlas, turpiales, cucaracheros y tángaras** de todos los colores (Figura 4).

Aquella mañana los gallos cantaron tarde, las demás aves poblaron el lugar con sus vocalizaciones desplegando una creatividad ilimitada. No solamente cantaban, también susurraban en el currucuteo que acompañaba el acicalar de sus plumas empapadas. Perchadas en las ramas, las aves repasaban con su pico cada una de ellas quitando la humedad, se sacudían y permanecían esponjadas mientras el aire surcaba sus comisuras secando y aligerándolas de nuevo (Figura 5).





Figura 5. Azulejo. Fotografía: Sofía Lara-Largo (2019).

Las parvadas multiespecie visitan Wiracocha por su abundancia. Se han pasado mensajes contando novedades acerca del florecer del bence-nuco, han hablado de las frutas del azuceno que están abiertas y carnosas. Han hablado de la cosecha de guamas y de la floración del mandarino, quien con su olor a azahar atrae a los colibríes y a los insectos. Entre unos y otros se han pasado el mensaje acerca de un racimo de banano olvidado por los humanos, que cuelga con los frutos abiertos y maduros allá arriba al abrigo de las miradas. Los lenguajes comunes que les permiten comunicarse entre especies y conformar grupos y alianzas, son desconocidos para nosotrxs.

Apenas podemos sospechar el contenido de la gran conversación, y no por eso es menos significativa. En aquella mañana después de la tempestad fui parte de ella en la celebración de seguir vivos aquí, en este mismo lugar y momento. Antes de admitir que yo también hacía parte de esta amalgama de seres vivientes, consideraba el canto de las aves como un síntoma de la presencia del monte. Era el lugar en el que ocurrían las cosas de la naturaleza, allí sonaban los pájaros.



Ese sonido ha dejado de asociarse al apacible lugar de la naturaleza y se ha convertido, desde aquella mañana, en el barullo de la felicidad de seguir aquí después de la tormenta. Aquel día, las voces de los pájaros se convirtieron en algo más parecido a un mercado o a un bazar. Ese sonido que asociamos con la presencia prístina de la naturaleza se convirtió más bien en una maraña espesa de diálogos, de acuerdos y de desencuentros, en medio del regocijo del tibio sol.

Sequé, escurrí, saqué lodo de la cocina. Mientras tanto yo veía trabajar al *inquilino* trayendo nuevas ramas secas a su nido en la maceta del corredor. Las guacharacas se hicieron en familia y se acicalaron las plumas unas a otras en medio de un susurro casi inaudible.

Ni la tempestad ni el agua logran llevarse los cantos. Las voces de las aves componen la gran conversación de eso que llamamos vida. Sobrevivimos para poder cantar al otro día, para entonar las melodías y emprender las tareas más difíciles. Mi nido sigue en pie después de la borrasca, así como el de los *inquilinos*.

* El canto en la mañana es la oportunidad de celebrar que seguimos vivos y que esta gran conversación, que trata acerca de la posibilidad de nuestra existencia común, se crea y se recrea tras la tormenta.



ACERCA DE LA AUTORA

Sofía Lara-Largo

sophielara@gmail.com



Antropóloga egresada de la Universidad de Caldas. Doctora en antropología y sociología por la Universidad de París VII Diderot y Magíster en Antropología Social y Etnología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales EHESS, París. Especializada en el estudio de dinámicas territoriales, medio ambiente, relaciones interculturales y fiestas populares, con un enfoque desde la antropología histórica y las antropologías feministas. Posee diez años de experiencia en gestión de proyectos, docencia, investigación, asesoramiento de procesos comunitarios y fortalecimiento organizativo.